



Instructores de la Escuela Militar de Paracaidismo, ataviados con traje de época, saltan sobre la base aérea de Alcantarilla en apertura automática.

UN SALTO EN EL TIEMPO

La Escuela Militar de Paracaidismo *Méndez Parada* celebra su 75º aniversario con un lanzamiento masivo de saltadores de los Ejércitos, la Armada y la Guardia Civil

EN la base aérea de San Javier (Murcia), 114 paracaidistas de los Ejércitos de Tierra, del Aire y del Espacio, la Armada y la Guardia Civil se concentran en un pequeño hangar sin ningún orden aparente. Mientras se saludan los que hace tiempo que no se ven, reponen fuerzas con un bocadillo y, por turnos, reciben las instrucciones del mando y se van equipando y colocando en fila, en orden inverso a su turno de lanzamiento. No hay nervios, aunque sí responsabilidad, porque este va a ser un salto especial. Están a punto de embarcar en el A400M que ya les espera en la pista y desde el que se lanzarán a 10.000 pies de altura. A 40 kilómetros de allí, en la base aérea de Alcantarilla, cerca de 2.000 personas los aguardan con la vista puesta en un cielo encapotado que amenaza lluvia.

El lejano ruido indica que el avión se acerca y, segundos después, el cielo se cu-

bre de colores, los de los paracaídas que, hábilmente manipulados por los militares, se posan en el punto exacto señalado con bengalas, justo enfrente de la tribuna desde la que el Rey Felipe VI sigue atentamente su evolución. Era el pasado 24 de enero y, con este salto masivo, uno de los mayores realizados en España, se celebraba el 75º aniversario de la creación de la Escuela Militar de Paracaidismo (EMP) *Méndez Parada* y se recordaba el primer salto al vacío que también tuvo lugar hace 75 años.

En este tiempo, en la Escuela se han realizado casi 2.000 cursos, se han formado alrededor de 120.000 alumnos y ejecutado más de un millón y medio de saltos. Su plantilla es de 494 efectivos de los que 136 son cuadros de mando y 304, de tropa.

Al acto conmemorativo del 75º aniversario de la creación de la EMP asistieron, entre otras autoridades, el presidente de la Comunidad Autónoma de la Región de

Murcia, Fernando López Miras, el jefe de Estado Mayor del Ejército del Aire y del Espacio, Javier Salto, y los alcaldes de Murcia, José Antonio Serrano, y Alcantarilla, Joaquín Buendía.

Tras recibir al Rey y rendirle honores, el director del centro de enseñanza, coronel Alberto José Lens, dio lectura a la orden de creación de la Escuela el 19 de agosto de 1947. A continuación, el teniente general Pedro José García Cifo, director general de Reclutamiento y Enseñanza Militar y paracaidista más antiguo en activo, entregó un obsequio al subteniente Vicente López Cabrera, en reconocimiento a su dedicación y entrega. García Cifo destacó el cambio que introdujo el uso del paracaídas como un elemento de descenso seguro para entrar en combate en lugar de llevarlo únicamente como equipamiento de emergencia. Asimismo, valoró «la pasión» de los instructores que han pasado por Alcantarilla. «La

Salto desde el portón del A400M en la celebración del aniversario de la Escuela.



Escuela se encuentra en un proceso de transformación siempre a la búsqueda de la excelencia», remarcó.

SALTO MASIVO

Los primeros en llegar a tierra fueron seis militares ataviados con trajes de época que saltaron desde un C-212 Aviocar. «Una gabardina y un gorro chichonera acolchado por los laterales con un barbiquejo que se ajusta a la barbilla para que no se suelte durante la caída —explica el cabo mayor José Antonio Ruiz Jiménez—. Así saltaban antes, y nosotros hoy lo hacemos con mucho gusto para recordar a nuestros veteranos que nos han enseñado todo».

Les siguieron otros 104 saltadores, entre ellos, dos mujeres, que realizaron el descenso a una velocidad que llegó a alcanzar los 200 km. por hora. El subteniente Diego Plaza, destinado en el EADA (Escuadrón de Apoyo al Despliegue Aéreo) era uno de ellos. «Un salto con tantas unidades diferentes no es lo habitual pero es bonito porque compartes esta adrenalina con muchos compañeros de otros ejércitos».

Participaron miembros de unidades como la Brigada Paracaidista, la Fuerza de Guerra Naval Especial, el Escuadrón

de Zapadores Paracaidistas y el Mando de Operaciones Especiales. También, de la Guardia Civil, como el comandante Felipe Pizarro, de la unidad de Actividades Subacuáticas, quien reconoce el salto «tenía su complejidad pero, afortunadamente, la Escuela tiene mucha experiencia. Da gusto lanzarse con estos profesionales». A pesar de los 1.600 saltos que lleva a sus espaldas, el comandante afirma que «ese nudo en el estómago a la hora de saltar, no se pierde nunca. Y el día que lo pierdes, es cuando tienes que dejar de saltar».

El broche de oro de este salto conmemorativo lo pusieron diez miembros de la

PAPEA (Patrulla Acrobática Paracaidista del Ejército del Aire), la única unidad de este Ejército autorizada para realizar exhibiciones. Tras unas espectaculares maniobras y figuras en el aire, uno de sus componentes, el subteniente Alberto Vidal, descendió con la Bandera de España más grande jamás desplegada en una exhibición de este tipo. Medía 1.350 metros cuadrados, pesaba 65 kilos y se le añadió un contrapeso de 40 kilos para que pudiera volar. Para salir del avión y poder desplegarla, Vidal necesitó la ayuda de otros tres compañeros. Ser miembro de la PAPEA «es físicamente muy exigente y difícil de compaginar con la familia porque

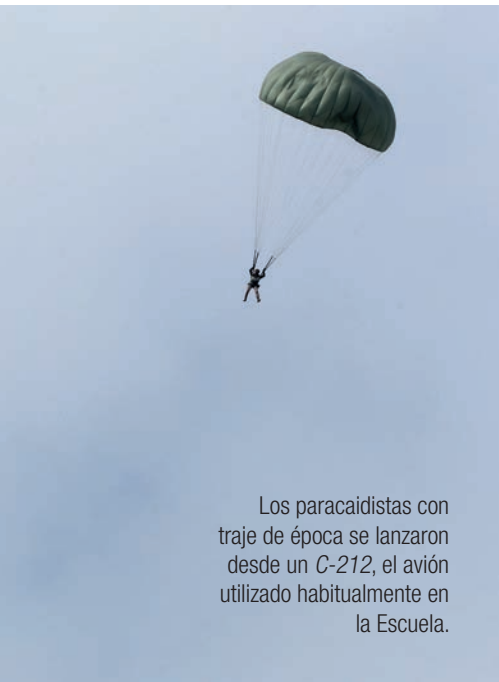
estamos fuera muchos fines de semana», explica. «Hacemos cinco saltos diarios de lunes a viernes y, luego, de competición en competición. Entrenamos mucho y lo hacemos con frío, con lluvia, con calor, con ganas y sin ganas. Pero es muy bonito», añade. El jefe de la PAPEA, capitán José Luis Lomas, explica que no fue fácil encontrar una empresa que confeccionara esta bandera. «Y tampoco encontrar un atalaje especial para albergarla».

La PAPEA cumple ahora 45 años de historia y, además de realizar exhibiciones,



El Rey Felipe VI, acompañado por el jefe de Estado Mayor del Ejército del Aire y del Espacio, Javier Salto, y el director de la Escuela, coronel Alberto José Lens.

Un miembro de la PAPEA porta una bandera de 1.350 metros cuadrados y 65 kilos de peso, la mayor utilizada en este tipo de eventos.



Los paracaidistas con traje de época se lanzaron desde un C-212, el avión utilizado habitualmente en la Escuela.



participan en competiciones deportivas. Actualmente, conforma la selección española de paracaidismo a nivel militar y civil. Por eso, «hacemos un proceso de selección muy exigente para formar parte de la PAPEA. Es importante la aptitud y también la actitud de los candidatos. No todo el mundo está dispuesto a venir a la patrulla», puntualiza el capitán.

Durante el acto, tuvo lugar un pequeño desfile aéreo con tres C-212, y terrestre, en el que participaron las fuerzas que rindieron honores al Rey, vehículos URO, RG-31 y una embarcación dedicada a la instrucción.

TRES ESCUELAS EN UNA

En la EMP se forman todos los paracaidistas de las Fuerzas Armadas. Realmente, está compuesta por tres escuelas: es el centro militar de referencia en paracaidismo, el encargado de la ejecución del Plan Nacional de Formación JTAC (Control de Ataque Terminal Conjunto) y el responsable de la formación de las tripulaciones del Ejército del Aire y del Espacio en materia SERE (Supervivencia, Evasión, Resistencia y Extracción). Por ella pasan unos 1.000 alumnos al año.

Para ser un buen paracaidista «hay que querer y valer», afirma el jefe de estudios de la Escuela, comandante Fernando Lombo. En el centro se realizan 15 cursos diferentes. Para el comandante Lombo, el fundamental es el básico de paracaidismo, que proporciona las enseñanzas teóricas

El primer salto paracaidista tuvo lugar en Alcantarilla en enero de 1948, año en el que se graduaron 165 militares

CORONEL ALBERTO JOSÉ LENS BLANCO
DIRECTOR DE LA ESCUELA MILITAR DE PARACAIDISMO
Y JEFE DE LA BASE AÉREA DE ALCANTARILLA

«Esta es la casa madre de todos los paracaidistas militares»

EN julio del pasado año, el coronel Alberto José Lens, piloto experimentado de transporte, llegó a la base aérea de Alcantarilla (Murcia) para ponerse al frente de la Escuela Militar de Paracaidismo *Méndez Parada*. Allí, reconoce, encontró a personas «muy cualificadas, entregadas y entusiastas», que han conseguido que la Escuela sea, en este momento, el único centro donde pueden formarse los paracaidistas militares y los controladores de ataque terminal conjunto (JTAC). También es el único lugar donde pueden aprender las técnicas necesarias de supervivencia, evasión, resistencia y extracción (SERE) por sí, en una misión, que darán aislados en territorio enemigo.

—Han pasado 75 años de la creación de la Escuela ¿Ha evolucionado mucho desde entonces?

—La Escuela se encuentra en un momento magnífico. Los que nos antecedieron nos han dejado un legado buenísimo. Cuando vine a mandar esta unidad, empecé a leer sobre su historia y lo que habían hecho los pioneros partiendo de cero. No tenían ni paracaídas, ni habían saltado nunca. Y, desde entonces, hemos logrado un nivel tan alto que parte de nuestro personal forma un equipo de exhibición y competición, la PAPEA, y tengo entre mis subordinados personas que son campeonas del mundo de paracaidismo.

Gracias a ese buen trabajo de todos, somos el centro de referencia de paracaidismo de las Fuerzas Armadas. Es decir, el Ministerio de Defensa nos ha asignado la misión de ser el único centro de ense-

ñanza militar que puede proporcionar esa formación. Eso es un motivo de orgullo porque es como decirnos que nosotros somos los únicos que somos capaces de hacerlo. El nivel técnico y la motivación con la que mi personal hace esa labor son, desde mi punto de vista, inmejorables.

—Usted no es paracaidista ¿Conocía la unidad?

—No la conocía y me he encontrado con un personal muy cualificado. Una cosa que me ha encantado desde el principio es que la mayor parte de mis instructores son de tropa. Eso es algo que hay que poner en valor. Son personas muy entregadas, muy entusiastas, a pesar de que están trabajando en peores condiciones que las de un oficial, con menos sueldo, por ejemplo.

—¿Qué le faltaría a la Escuela?

—Yo diría que no le falta nada; con lo que tenemos podemos cumplir con nuestra misión. Pero es verdad que, debido a las carestías económicas que ha habido durante algunos años, hay aspectos que mejorar y estamos trabajando para con-

«El nivel técnico y la motivación con la que trabaja el personal son inmejorables»

seguirlo. Algunas infraestructuras, como la zona deportiva, están deterioradas y han sido afectadas por las obras del AVE. Eso lo tenemos que arreglar porque, al ser un centro de referencia, por aquí pasan unos 1.200 alumnos al año. Y les tenemos que dar un servicio completo, no solamente la formación técnica paracaidista. Cuando quieran hacer deporte, que lo puedan hacer en buenas condiciones.

Tampoco contamos con un salón de actos y, para algunas ceremonias, tenemos que buscar soluciones alternativas. Por ejemplo, este año, la solemne inauguración del curso fue en el Museo de la Huerta de Alcantarilla, un lugar precioso, con un anfiteatro y un acueducto romano. Está bien porque así nos damos a conocer a la sociedad civil y hacemos cultura de defensa, pero no siempre podemos depender de otros.

—¿Y en cuanto al material?

—En la parte más operativa tenemos todas las herramientas que necesitamos. Pero, por ejemplo, nuestro túnel de viento se está quedando obsoleto. Nos gustaría contar con uno de cuarta generación que, entre otras cosas, sea energéticamente más sostenible. En el que tenemos ahora, además, se pasa mucho frío en invierno y mucho calor en verano.

Los aviones que tenemos también son viejos y no vendría mal ir pensando en renovar la flota, quizás con una versión más moderna de nuestro avión, el *C-212 Aviocar*, que es el ideal para lo que hacemos. Pero, mientras tanto, tenemos que alargar la vida operativa de los que hay. Y también voy a poner todo el empeño para mejorar nuestros simuladores.

—En la Escuela se forman alumnos de todos los Ejércitos ¿Hay diferencias entre ellos?

—No. El nivel de superación de todos los cursos es altísimo. La mayor parte de nuestros alumnos son del Ejército de Tierra, después del Ejército del Aire y del Espacio y en tercer lugar, de la Armada, pero no hay diferencia entre ellos, todos los alumnos que nos mandan es porque tienen las condiciones para superar los cursos. Es verdad que, a veces, hay cosas que uno no puede saber hasta que no suceden. Por ejemplo, hasta que uno no tiene que saltar de un avión no sabe cómo va a reaccionar, por mucho que entrene. Y alguna vez pasa, muy pocas, que hay gente que no es capaz de hacerlo. Entonces, le tenemos que dar de baja. Pero es que saltar de un avión es algo que impone.



La seguridad ahora es muy buena, hace mucho que no hemos tenido ningún accidente grave. Pero no deja de ser una actividad de alto riesgo.

—En su opinión, ¿qué hay que tener para ser un buen paracaidista?

—Yo soy piloto y siempre he visto los toros desde el otro lado de la barrera porque he transportado a muchos paracaidistas. Pero me voy a arriesgar a decir algo. Sin duda, tiene que ser una persona con arrojo y muy equilibrada psicológicamente. En eso se parece a las tripulaciones. Una vez en el aire hay que encontrar el equilibrio perfecto entre la temeridad y la prudencia. En ocasiones, la misión exige ese valor —de noche, con equipo, gafas de visión nocturna...— pero no se pueden cometer imprudencias.

Y, luego, como todos los militares. Tener un sentido de servicio, saber por qué hace las cosas. No creo que los paracaidistas se deban diferenciar mucho del resto de los militares, pero tienen ese

puntito de arrojo. Los saltos básicos son sencillos pero los que alcanzan mayor nivel hacen cosas que parecen imposibles. Hay que ser una persona decidida.

—También se cumple el 75º aniversario del primer salto paracaidista ¿Qué sensaciones se han querido transmitir con el salto masivo con el que se ha recordado ese hito?

—Mis objetivos a la hora de planearlo eran dos. Por un lado, que viniera Su Majestad el Rey porque es el jefe supremo de las Fuerzas Armadas y en el que nos miramos todos. El hecho de que él viniera hizo que el acto tuviera más solemnidad y mayor repercusión. Nos dio la oportunidad de dar a conocer mejor lo que hacemos.

Y, por otro lado, yo tenía el empeño de que en ese salto participara personal de los ejércitos y de la Guardia Civil, para remarcar el mensaje de que esta es la Escuela de todos, es la casa madre de todos los paracaidistas militares españoles.

y prácticas necesarias para ejecutar un lanzamiento desde una aeronave en vuelo en la modalidad de apertura automática. «Con él, el alumno se hace paracaidista, con todo lo que implica saltar de un avión, cosa que va contra natura», asegura. Dura quince días y se realizan unos 14 al año.

Además, se imparte el curso de apertura manual con empleo de oxígeno y el de jefe de salto. Quienes cursan este último, deben acreditar un mínimo de diez lanzamientos en la modalidad de apertura manual en los doce meses anteriores a su realización. También en el centro, los paracaidistas aprenden a hacer lanzamientos HALO-HAHO (apertura a baja cota y a alta cota), a descender en tándem, plegar paracaídas, preparar cargas, ser señalador guía, controlador de combate y mandar unidades paracaidistas.

Los profesores disponen de un plan de instrucción de caída libre acelerada, para saltar con los alumnos y resolver cualquier incidencia durante la caída. «Aprenden a manejarse como si estuvieran en tierra para ser capaces de recuperar a un alumno si se está revolcando, pararlo o abrirle el paracaídas si se quedara bloqueado», explica el comandante Lombo.

El centro dispone de aviones C-212. El número de vuelos depende del volumen de cursos de cada momento y pueden llegar a realizar seis horas de vuelo al día por avión. «Y eso que tenemos los simuladores —añade el teniente coronel Luis Enrique Antón, jefe del grupo de apoyo y segundo jefe de la base aérea de Alcantarilla—. Pero lo que hemos ahorrado con los simuladores lo hemos ganado en cursos. Hacemos más que antes».

Uno de estos simuladores es la torre de lanzamiento y descenso para apertura automática. Simula la cabina del avión: los alumnos realizan la salida de la misma por puerta y por rampa y caen por una tirolina. Se puede simular, por ejemplo, el fallo de la campana principal, que, aún estando abierta, no funciona bien. «El alumno lo que tiene que hacer en estas situaciones es abrir el paracaídas de reserva y tomar con las dos campanas», puntualiza el comandante Lombo. En caso de apertura manual, tendría que deshacerse del paracaídas principal antes de liberar el de reserva para que no se enreden. Antes de subir a un avión, todos los aspirantes pasan por esta instalación. «Y si no consiguen saltar de la torre, se les da de baja en el curso», añade.

Unida a esta estructura hay un carro donde se cuelga a los alumnos y se les suelta para que aprendan a hacer el volteo al llegar a tierra. «Lo que queremos es que mecanicen el movimiento, que no piensen cómo tienen que hacerlo, que les salga automáticamente. Y eso es repetición y repetición», explica el comandante Lombo.

Por otra parte, para aprender y practicar la apertura manual, la EMP cuenta con el simulador virtual de paracaidismo (PARASIM) y el de caída libre, conocido como túnel de viento. El primero, mediante técnicas de realidad virtual, permite al alumno practicar las distintas emergencias que le puedan surgir durante el proceso de apertura de la campana del paracaídas y entrenar la navegación con campana abierta.

En el PARASIM, los alumnos van equipados con todos los elementos de un paracaídas real. «Una vez que nos ponemos las gafas, es como si estuviéramos volando. Lo único que nos falta es poner un ventilador para simular el viento», bromea el jefe de la sección de simuladores, brigada José Ángel Cuerva.

En las gafas, el alumno puede ver el GPS, el altímetro, si está traccionando poco o mucho... «Y podemos representar cualquier escenario meteorológico: bancos de niebla, nubes a diferentes alturas, viento

En la Escuela se han formado unos 120.000 alumnos y ejecutado más de un millón y medio de saltos

o saltos de día y de noche», añade el brigada. También se simula cualquier incidencia, desde que no se abra el paracaídas a que tenga un enrollamiento. Este simulador cuenta con diez puestos que se pueden colocar en red y practicar saltos en patrulla.

El túnel de viento, por su parte, se utiliza para practicar la caída libre. Con cinco metros de diámetro, puede albergar a cuatro saltadores simultáneamente y alcanzar velocidades de hasta 300 kilómetros por hora. «Podemos simular todo, con la única limitación de movimiento que nos imponen las paredes», explica el brigada Cuerva. Un salto desde un avión puede durar entre 35 y 40 segundos y en el túnel se hacen en-

tradas de dos minutos, lo que equivale a tres saltos. La equipación que se utiliza en el túnel de viento es casi idéntica a la que portan los paracaidistas en un salto real.

CONTROL DE ATAQUE TERMINAL

El curso JTAC está destinado a los responsables de conducir las operaciones aéreas contra objetivos terrestres y es el único de las Fuerzas Armadas certificado por la OTAN. Se imparte uno al año, dura doce semanas y son pocos los alumnos que llegan a realizarlo, apenas una docena. En primer lugar, porque deben tener un nivel muy alto de inglés. «Un JTAC no solo opera con medios nacionales, de hecho, casi nunca lo hace», explica el capitán Alfonso García Grasa, jefe de la sección táctica de control JTAC. «Tiene que ser capaz de comunicarse con un F-18 canadiense, un Eurofighter alemán o un Mirage francés en momentos críticos —añade— y debe ser muy, muy preciso porque un fallo con el idioma puede ser muy grave».

Además del idioma, deben demostrar que son capaces de trabajar en multitarea. Para ello, antes de llegar a la Escuela, pasan un psicotécnico.

Es un curso caro. En la escuela utilizan un simulador pero eso no basta; también tienen que trabajar con aviones auténticos



Un alumno de la Escuela desciende por una tirolina tras lanzarse desde la torre que simula la cabina de un avión para practicar la maniobra de apertura automática.

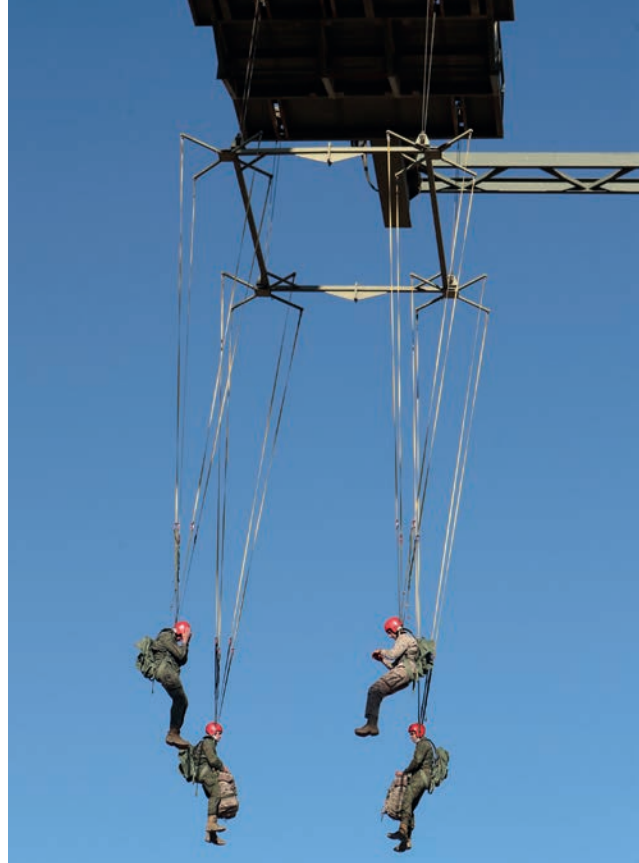
Un instructor comprueba que todo el equipo está correctamente ajustado antes de embarcar en el avión.



Entrenamiento de caída libre en el túnel de viento; a la izquierda, prácticas de apertura de campana y navegación mediante técnicas de realidad virtual.



Alumnos colgados en el carro antes de ser soltados para que practiquen el volteo al llegar a tierra. A la izquierda, simulador de controladores de ataque terminal conjunto (JTAC).



—normalmente en el polígono de tiro de Bardenas Reales (Navarra)— con lo que eso supone en horas de vuelo.

El simulador instalado en la EMP lleva operando desde 2015 y se encuentra en proceso de actualización. La sala está presidida por una gran pantalla curva donde se proyecta el escenario sobre el que se va a trabajar. El JTAC se sitúa justo delante de la pantalla y, detrás de él, hay tres puestos destinados a un piloto, el operador del sistema y el *ground forcé commander*.

En el simulador hay diversos elementos para indicar a un avión donde tiene que realizar el ataque: designador láser, bombas de coordenadas y un puntero IR (láser infrarrojo). «Son como los punteros que vemos en los campos de fútbol pero en un espectro IR y lo usamos para indicar el objetivo a la aeronave», añade el capitán García Grasa.

Una vez en posesión del título JTAC, y tras estar un mínimo de un año ejerciendo y manteniendo la cualificación «pueden hacerse instructores y, un año después, optar a evaluadores», concluye.

La EMP también es centro de referencia en materia SERE (Supervivencia, Evasión, Resistencia y Extracción) donde se enseña a los alumnos las técnicas para, en caso de quedar aislados en territorio enemigo, poder volver de forma óptima a zona amiga. «Les enseñamos a hacer refugios para protegerse de las inclemencias del tiempo, cómo potabilizar agua o distintos métodos de señalización», explica el capitán Álvaro Saavedra, responsable de la sección SERE.

Otra de las áreas que se trabaja es la resistencia. «Si te captura el enemigo —añade— debes conocer los diferentes tipos de interrogatorios a los que estarías expuesto, las técnicas para no dar exceso

de información y ganar tiempo para que los mandos puedan cambiar la misión».

Han pasado 75 años desde que la EMP abriera sus aulas a los paracaidistas militares. Los primeros 165 que se graduaron entonces posiblemente fueran tachados de intrépidos o insensatos. Un poco de locura seguro que no les faltaba porque saltar de un avión impresiona, y mucho, aseguran los que lo hacen habitualmente, aunque, al verlos maniobrar en el aire pareciera una tarea fácil. No hay más que contemplar las exhibiciones de la PAPEA —más de 900 en sus 45 años de historia— y los múltiples campeonatos disputados, en los que se ha posicionado entre los diez mejores equipos a nivel internacional. Algo al alcance de muy pocos. Porque, como afirma el comandante Lombo: «No todo el mundo vale para todo».

Elena Tarilonte
Fotos: Pepe Díaz